

La importancia de la cultura en las relaciones económicas entre España y China

Taciana Fisac*

En un mundo en el que la economía ha adquirido un protagonismo omnipresente, hablar de cultura como un medio dinamizador de las relaciones comerciales entre España y China pudiera parecer algo totalmente fuera de lugar. Pero las líneas que siguen tratarán de demostrar lo contrario: la enorme importancia que tiene el conocimiento cultural en los intercambios con la región más oriental de Asia y cómo ha de dársele un mayor peso del que hasta el momento se le otorga en España. La prensa recoge con frecuencia un interés en los intercambios culturales, el propio Andrés Herrera, en un artículo publicado en *Diario de Navarra* decía textualmente: “...sin embargo serán los asuntos políticos y especialmente los culturales los factores estratégicos para la relación España-China en el violento entorno en crisis...”¹. Y, por mi parte, no puedo sino manifestar mi plena coincidencia con estas palabras.

Son muy variadas las reflexiones que se pueden hacer sobre el tema, por lo que lo que se expone a continuación son tan solo unas breves pinceladas que quieren hacer patente el deficitario conocimiento cultural que se tiene en España sobre China y la imposibilidad de mejorar nuestras relaciones si no se realiza un esfuerzo de acercamiento a la realidad sociocultural del País del Centro.

Colocarnos en el lugar del otro

Para comenzar, quizás pudiera resultar interesante tratar de colocarnos en el lugar del otro. En el transcurso de estas jornadas se ha hablado de la imagen de España en China,

* Universidad Autónoma de Madrid.

1. HERRERA Andrés, “España y China ¿Relaciones con futuro?”, en *Diario de Navarra* (24 de noviembre de 2008).

pero muy pocas veces nos ponemos en el lugar de los chinos, y en menos ocasiones nos damos cuenta de que España es un país “pequeño”, mientras que China es un país “grande”, al menos en términos de población. Pero no sólo eso, China cuenta con un rico legado cultural e histórico, merecedor por sí mismo de nuestra atención. Por eso resulta curioso que, en el momento de embarcarnos en un negocio, parezca bastante natural que los chinos sepan algunas cosas del mundo cultural español, de nuestros grandes escritores y artistas, como Cervantes o Picasso, pero nosotros no demos ningún apuro en mostrar nuestra ignorancia. Ni siquiera nos causa vergüenza no saber cómo llamar a nuestros interlocutores o no distinguir cuál es su nombre y apellido. Si nos pusiéramos en el lugar de los chinos nos daríamos cuenta de que es muy frecuente que se les llame de modo un tanto erróneo e incluso ridículo. Tampoco es raro que sepamos poco de sus gobernantes o que seamos incapaces de distinguir los grandes períodos de su historia. Cuando un español menciona las dinastías Tang (唐), Song (宋), Yuan (元), Ming (明) y Qing (清) los chinos manifiestan su sorpresa y simpatía por un conocimiento histórico que ciertamente es muy básico. Pero la mayoría de las personas que emprenden algún proyecto conjunto con China carecen siquiera de esas mínimas nociones culturales. Se hablaba en este mismo foro de la cantidad de personajes occidentales que se conocen en China. Tratemos de hacer memoria y digamos ¿cuántos nombres de escritores clásicos y pintores ilustres chinos somos nosotros capaces de recordar?

En general, el desconocimiento de China es mucho mayor en España que al contrario. Y eso incluso hoy que, poco a poco, China va encontrando eco en la sociedad española. Pese a ello, resulta todavía insuficiente. Cuando los ejecutivos hablan de las enormes dificultades que encuentran para establecer relaciones con los chinos, me pregunto si en algún momento se han puesto en el lugar del otro, si han hecho el esfuerzo de colocarse en la piel de un chino. Pudiera parecer una exageración afirmar que no sabemos ni siquiera cuál es el apellido de un chino o cómo hemos de dirigirnos a ellos, por lo que será más práctico poner algún ejemplo concreto.

Los nombres chinos y su transcripción

La celebración de los Juegos Olímpicos en Pekín suponía un evento de relevancia suficiente como para pensar que los medios de comunicación harían un esfuerzo para ofrecer una información rigurosa de lo que allí iba a pasar. Personalmente, incluso imaginé que los periodistas españoles tendrían una oportunidad para aprender algo sobre China o, al menos, para no volver a cometer los eternos errores de llamar de modo inapropiado a los chinos. Naturalmente, hay corresponsales en Asia que conocen bien la realidad de estos países y demuestran un conocimiento profundo, pero desafortunadamente no son los únicos productores de noticias. Las Olimpiadas supusieron un espejo en el que contemplar cómo muchos periodistas se habían preparado muy poco y continuaban cayendo en errores de bulto. De ello tenemos buenos ejemplos. En un artículo publicado el 21 de Agosto de 2008 en el diario *El País*, firmado por Fermín Cacho, se utiliza indistintamente Xiang o Liu para denominar al corredor de vallas chino Liu Xiang (刘翔), uno de los

deportistas más famosos en aquel momento. Su apellido es Liu (刘) y su nombre propio Xiang (翔). Quizás se le pudiera perdonar a Fermín Cacho no saber nombrar correctamente al deportista, dado que sabemos que él procede del mundo del deporte y no de la prensa. No obstante, llamar a una persona por su nombre propio, exceptuando algunos casos excepcionales, no parece siquiera apropiado en el ámbito español. Sin embargo, este error de Fermín Cacho se reproduce una y otra vez en la prensa española. Tres días antes, el 18 de agosto, una noticia del mismo periódico rezaba así: “Xiang conmociona a China”, y un día más tarde aparecía una noticia con el siguiente título: “Xiang pide perdón”.

La conclusión a la que podemos llegar es que las personas que han elaborado estas noticias no saben cómo han de llamar a los chinos. Pudiera parecer ésta una simple anécdota, pero el problema es que podemos encontrar multitud de historias semejantes o que demuestran un gran desconocimiento de la cultura china. En un artículo del mismo periódico, firmado por Pedro Ugarte, publicado el 30 de agosto de 2008 en la edición del País Vasco, se dice así: “...todavía algún imbécil creará ser fiel a la cultura china diciendo Beijing y no Pekín. Cuando lo único que hace es someterse a un nuevo dictado anglosajón...”. La utilización de la transcripción de *Beijing* en sustitución del término ya consolidado en español de Pekín no es un dictado anglosajón. *Beijing* es la transcripción oficial que se establece en la República Popular China con objeto de unificar las muy diversas transcripciones que convivían a lo largo de los siglos.

La llegada de misioneros y comerciantes de muy distintos países había dado lugar a que los nombres propios o nombres geográficos se transcribieran de modos distintos, haciendo difícil su identificación. Para poner un poco de orden y unificar los modos de transcribir un mismo lugar o un mismo nombre se estableció el *pinyin* (拼音). Esa es la razón por la cual a lo largo de las últimas décadas hemos visto cambiar el modo de escribir ciertos nombres y palabras chinas. De ahí que Mao Tse-tung, tantas veces transcrito con el método anglosajón *Wade-Giles*, se haya ido sustituyendo por la transcripción china de *pinyin*, escribiéndose ahora Mao Zedong.

Ahora bien, en todas las lenguas disponemos de términos geográficos o de otros ámbitos que se han ido incorporado a la propia lengua y son comprendidos por el conjunto de la población. Y en esos casos, realmente no tiene sentido utilizar una transcripción que puede dar lugar a equívocos, puesto que no aporta ninguna ventaja con respecto al término ya popularizado. Ese sería el caso de la utilización de la transcripción de “*Beijing*”, en lugar del nombre ya incorporado a la lengua española de “Pekín”. Cuando leemos literalmente *Beijing*, con pronunciación españolizada, decimos algo realmente extraño para los chinos, ya que la pronunciación china de la capital se asemeja a la española de *Peichin*. En chino, la transcripción fonética oficial de la “j” se ha asimilado a un sonido que en español sería lo más aproximado a la “ch”. Por su parte, la “b” no ha de pronunciarse como una “b” española, puesto que dicho sonido no existe en chino, sino como una “p” española. De hecho, la utilización del *pinyin* tiene problemas cuando se ha aplicado a la enseñanza de la pronunciación de la lengua china, ya que ese no era su objetivo inicial, y provoca en los españoles distorsiones y dificultades para el aprendizaje de los sonidos chinos.

Con respecto a la incorrecta denominación de los dirigentes chinos, se encuentran casos realmente inauditos. No es raro que al presidente chino Hu Jintao (胡锦涛) se le denomine por el nombre propio de Jintao (锦涛), como ocurre en el pie de foto de una noticia datada el 11 de noviembre de 2008 en *El País*, o que se hable de “Zemin, ahora máxima autoridad del ejército chino”, en una noticia fechada el día 22 de noviembre de 2008 en el mismo periódico, en lugar de referirse al ex-presidente Jiang (江) o a Jiang Zemin (江泽民). Nombrar a personas que ocupan cargos políticos por su nombre propio no es lo habitual en la cultura española. Por su parte, el libro de estilo de *El País*, disponible en la red, dice así: “...como norma general conviene recordar que en los nombres chinos la primera palabra corresponde al apellido”. Diríase que las nuevas generaciones de periodistas son poco dados a leer sus propios manuales.

De hecho, en la cultura china se restringe el uso del nombre propio a círculos familiares u otros semejantes. En el ámbito social se utiliza incluso menos que en nuestro entorno cultural. No obstante, no todos los periódicos nacionales incurren de manera tan sistemática en estos errores. Lo cierto es que algo así no ocurre en otros países europeos de nuestro entorno, en donde hay un mayor conocimiento de la cultura china.

¿Qué imagen les estamos transmitiendo a los chinos? No es sino nuestra enorme ignorancia. Quienes deberían estar instruidos y proporcionar cierta información veraz de los países y de sus culturas son los primeros que distorsionan su mensaje, por una suerte de ignorancia o desidia, que naturalmente no es neutral en la imagen que se proyecta hacia el exterior: ofrecemos un cuadro cuanto menos de personas poco cultas, si no ridículas y en cualquier caso poco interesadas en el otro.

Cuando encontramos a un chino no es raro que desconozcamos cómo llamarle, no sabemos naturalmente distinguir regiones geográficas, períodos históricos o aspectos muy elementales de la sociedad china. Y esa ignorancia también pudiera interpretarse como un cierto desprecio hacia un país, sus dirigentes, su pasado histórico y su presente cultural. En las universidades chinas donde se estudia la lengua española es frecuente la adopción por parte de los estudiantes de nombres españoles que luego utilizan a lo largo de sus relaciones con España. Concedores de nuestra ignorancia tratan de facilitarnos las cosas. La costumbre de adoptar nombres extranjeros es una práctica que en el mundo empresarial se está restringiendo, ya que ha creado problemas de importantes consecuencias. La utilización de un nombre extranjero junto al apellido chino ha llevado incluso a la firma de contratos que finalmente se han considerado sin validez legal. Utilizar un nombre extranjero para dirigirnos a un chino es una práctica excesivamente habitual que deja traslucir el poco interés que existe desde la parte española por conocer algo más de la vida y la cultura china.

La utilización del discurso indirecto

Con frecuencia escuchamos quejas sobre la enorme complejidad de las negociaciones con los chinos. Y sin embargo, algunos malentendidos provienen exactamente de ese enorme desconocimiento que tenemos de la cultura. Y me centraré ahora en otro ejemplo. Un dicho español: “al pan, pan y al vino, vino” nos recuerda esa costumbre de

decir las cosas de la manera más directa posible. Por su parte, en China siempre se ha considerado algo más propio de la mala educación. Decir las cosas directamente no es sino la incapacidad de utilizar formas más indirectas o sofisticadas, que se identifican con personas de mayor cultura y refinación.

Quienes se dedican al estudio de la literatura china conocen la importancia del discurso indirecto y cómo ha penetrado en muy diversas esferas de la sociedad china, incluyendo el mundo de los negocios. Son muy numerosas las historias de letrados confucianos que mediante un cuento eran capaces de criticar indirectamente el comportamiento poco virtuoso del emperador. En la tradición literaria podemos encontrar ejemplos de enorme elegancia en el arte del discurso indirecto. Una literatura deliciosa, en donde hablar de modo directo se entiende como una suerte de insulto al lector. Y es por eso por lo que, generalmente, la lectura de un texto chino causa una cierta sorpresa al lector español, ya que el desconocimiento de los valores inscritos en el texto le impide en muchas ocasiones desentrañar el mensaje y percibimos, en nuestra ignorancia, una suerte de incoherencia de la obra, cuando no es sino nuestra incapacidad para descifrar el discurso indirecto y los valores que se están transmitiendo.

En *La Historia de los Tres Reinos* (San guo zhi yanyi 三国志演义) encontramos un buen ejemplo de ello. Pocos españoles y chinos conocen que uno de los ejemplares más antiguos de esta famosa obra se encuentra en España, concretamente en la biblioteca del Real Monasterio de El Escorial. Se trata de un libro de un enorme valor, pero que resulta de difícil lectura para nosotros. Acostumbrados a tradición de la novela europea del siglo XIX, las novelas chinas nos desconciertan. Estamos familiarizados con textos estructurados en torno a un personaje protagonista, que se describe adentrándose tanto en su psicología como en su entorno social, para así ofrecer las claves que llevan al desenlace final de la historia. En las novelas chinas hay tal cantidad de personajes que sólo recordar sus nombres resulta complicado. Además, la utilización del discurso indirecto y de otros recursos literarios en estas novelas más antiguas no tiene como objetivo adentrarse en la psicología de los personajes, sino mostrar los distintos conflictos de valores confucianos que se generan en las relaciones entre ellos. *La Historia de los Tres Reinos* sigue teniendo un lugar importante en la cultura y la sociedad china, e incluso se puede leer como un manual básico de estrategia. La literatura puede enseñarnos aspectos de la sociedad china que ayuden a mejorar las relaciones económicas y comerciales.

El discurso indirecto chino choca frontalmente con nuestra obsesión por aprovechar el tiempo e ir directamente al grano en los negocios. No entendemos que el objetivo de una comida de trabajo inicial no es entrar en cifras y datos, sino establecer una relación de confianza que posteriormente asentará los vínculos comerciales. De ahí que en estas situaciones preliminares hablar de nuestra cultura, de las costumbres y las fiestas sea un buen punto de partida, al igual que mostrar interés por la sociedad y la cultura del otro. En ese sentido, en su interlocución con China, Navarra cuenta con la ventaja de contar con tradiciones como las fiestas de San Fermín, muy conocidas en China. Es posible que encontremos situaciones en las que los propios chinos sean los que traten de abordar directamente los temas de trabajo. Como buenos conocedores de las prácticas de negocios europeas, ellos saben adaptarse a nuestras costumbres, pero hemos de ser conscientes de que si sucede así, probablemente nos encontremos ante una relación

de corta duración, ya que en el marco cultural chino, la relación a largo plazo implica la construcción de nexos de confianza sobre los que asentar intereses recíprocos.

La improvisación de la interpretación y la traducción

Otro de los grandes culpables de la falta de entendimiento lo hallamos en la poca importancia que se otorga en España a la interpretación. Tanto en el mundo empresarial como diplomático, la improvisación española prima en contraposición con la preparación china. Los chinos disponen de glosarios, todos los discursos los tienen traducidos previamente, los intérpretes saben más o menos cuál va a ser el discurso de sus dirigentes y, naturalmente, en el marco de una reunión, tratan de dejar el menor espacio posible a la improvisación. Los españoles no. Los españoles se caracterizan por una enorme falta de preparación. Muchas veces ni siquiera se preocupan excesivamente de elegir a un buen traductor o intérprete y no son conscientes de las enormes dificultades que tiene el traspaso de una lengua a otra. Excelentes intérpretes chinos son en ocasiones incapaces de interpretar a los españoles sin haber preparado previamente el discurso, ya que el orden en la construcción de la oración china está fijado y resulta complicado introducir frases subordinadas en el modo en que se puede hacer en español. Son muchas las ocasiones en las que he asistido a un discurso de un político español que en lugar de frases breves, cortas y directas, introduce incisos, frases subordinadas y toda una suerte de florilegios imposibles de traducir sin haber sido preparados previamente. Ni siquiera los mejores intérpretes –y algunos intérpretes chinos son realmente excelentes– son capaces de improvisar en esas situaciones, viéndose irremediadamente obligados a mutilar el discurso.

Pero además hay que tener en cuenta el simbolismo político de contar con intérpretes, y ahí no podemos sino afirmar que España se convierte en “un pequeño país”, frente a China que siempre se muestra como “un gran país”, cuidadoso en extremo con los detalles de la interpretación. En el primer viaje de SS.MM. los Reyes a la República Popular China en 1978, el Ministerio de Asuntos Exteriores seleccionó a un intérprete para S.M. Rey y yo iba a tener el privilegio de ocupar la plaza de intérprete para la Reina. El intérprete que había sido seleccionado para el Rey fue profesor de lengua china en la Escuela Diplomática durante muchos años, y era conocido por sus posiciones poco favorables al Partido Comunista Chino. Naturalmente, fue vetado por las autoridades china y ante aquella situación yo misma tuve que ser recolocada como intérprete de la Agencia EFE. Como consecuencia de aquel episodio, SS.MM. los Reyes contaron durante toda la visita oficial con intérpretes chinos.

España sigue sin preocuparse de la formación de intérpretes y en los encuentros oficiales se producen situaciones que nos sitúan en una posición de enorme fragilidad. La formación de intérpretes españoles de lengua china debería planificarse, puesto que se trata de una tarea que precisa del medio o largo plazo para alcanzar objetivos visibles. Los estudios universitarios de traducción e interpretación son un primer paso en la formación, pero para poder asumir tareas relacionadas con la política exterior y las relaciones económicas se precisa la inversión de mucho más tiempo. En este punto,

España ha mejorado muy poco con respecto a 1978. La embajada de España en Pekín cuenta con un buen intérprete pero son muchos los encuentros de alto nivel que se producen a lo largo del año y no resulta adecuado que el peso de la interpretación y la traducción siga descansando en los chinos.

La importancia del conocimiento de la lengua

En el mundo de Asia Oriental, en general, ya sean japoneses, coreanos o chinos, se otorga una enorme importancia al conocimiento de la lengua del país con el que se quiere hacer negocios. En el caso concreto de Japón, la mayoría de los ejecutivos japoneses enviados inicialmente para el establecimiento de empresas en España eran licenciados en lengua española. De hecho, Jetro (Japan External Trade Organization) sigue contando con licenciados en lenguas para ocupar los puestos de mayor responsabilidad de sus oficinas en el exterior. Su visión de los negocios es muy distinta a la española, que pone una enorme énfasis en lo económico y en lo comercial, y olvida que el conocimiento de la lengua y el discurso indirecto de la cultura podría abrir muchas más puertas.

Pero la tendencia en España parece seguir el camino opuesto al que se promueve desde Asia. El ICEX (Instituto Español de Comercio Exterior) excluye en alguna de sus convocatorias de becas en el exterior a licenciados en Estudios de Asia Oriental. El énfasis se entiende que ha de ponerse más en los conocimientos económicos y comerciales, relegando los conocimientos culturales a una posición secundaria. Por su parte, entre la diplomacia de Asia oriental es frecuente encontrar a personas que hablan español con enorme fluidez. La mayoría de los embajadores de Asia oriental destinados en nuestro país conocen nuestra lengua y todos ellos suelen ser licenciados de lo que aquí se consideraría una suerte de filología hispánica. Sin embargo su papel es el de actuar como intermediarios en las relaciones políticas y económicas entre Asia oriental y España.

La política de España hacia China sigue olvidando la importancia del factor cultural. En los actuales listados del Ministerio de Educación de la R. P. China con las instituciones extranjeras que ofrecen becas para estudiar en el extranjero el nombre de España ha desaparecido. ¿Por qué? Las razones hemos de encontrarlas en la política de reorganización de becas de los últimos años por parte de la Agencia Española de Cooperación Internacional. Del inicial convenio bilateral entre España y China, que contemplaba un cupo fijo de becas, se pasó a una política unilateral de consideración de China como área prioritaria, incrementándose enormemente el número de becas, para más tarde pasar a deducirlas drásticamente. De repente se paso de otorgar más de 50 becas a no otorgar mucho más de una docena. Quienes desde China solicitaban estas becas no fueron informados adecuadamente de estos cambios. La consecuencia ha sido que España ha dejado de ocupar un lugar en los listados de países que otorgan becas a ciudadanos chinos y muchos han empezado a dirigir su atención hacia otros países de habla española. No se trata de una simple anécdota, sino un ejemplo más del escaso peso que se otorga al conocimiento de la cultura en nuestro entorno, se

prima lo económico y comercial, olvidando la importancia que la cultura ha tenido en la creación de la identidad china. Asistimos hoy a un renacer del orgullo cultural chino con una política de difusión de la lengua china plasmada en el masivo establecimiento de institutos Confucio en el mundo. Sin embargo, en España seguimos sin darnos cuenta.

Es por eso que mis últimas palabras no pueden sino ir dirigidas a la Red Navarra de Estudios Chinos y a los organizadores de estas jornadas, a quienes felicito sinceramente por esta iniciativa. Sin duda, las relaciones económicas entre España y China ganarán enormemente si tratamos de profundizar en nuestro mutuo conocimiento cultural.